



Hasta Siempre, Poeta

000195512

(AAN2057)

"En el fondo del pozo de la historia, como un agua más sonora y brillante, brillan los ojos de los poetas muertos".

(Pablo Neruda, "Viajes").

A principios de aquella semana sentí el primer pinchazo de los dioses. Viernes 11 de diciembre. Los restos del poeta y de Matilde son trasladados, desde sus modestos nichos, al hermoso salón de honor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Era tiempo. Un inconveniente de última hora frustra mi homenaje de ese día. Sábado 12 de diciembre, 10.30 horas. Preside la primera autoridad del Senado de la República. En el estrado, además de los ministros de Relaciones Exteriores, de Educación y de Agricultura, presidente este último de la Fundación Neruda, los presidentes del Partido Comunista y el de la Sociedad de Escritores. Enfrente, ambos atados, contigüos, envueltos en la bandera de Chile. "Matilde mía, no quiero dormir sin tus ojos. No quiero ver sin que me mires/ yo cambio la primavera/ por que tú me sigas mirando".

Abre la sesión el presidente de la Fundación Neruda, don Juan Agustín Figueroa, con un discurso vívido, profundo, bello, didáctico. El Ministro de Relaciones Exteriores recuerda al poeta diplomático. El de Educación insta a que su obra se divulgue en las escuelas. También, poeaso, debería divulgarse la de nuestro primer grande: Alonso de Ercilla. "Ercilla, oigo el pulso del agua/ de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros/ y un trueno en el follaje". El presidente de la Sociedad de Escritores hace emotivos recuerdos del poeta. De pronto, un mensaje: es el viejo Rafael Alberti, quien, a través del télex, se adhiere a lo que allí ocurre. "¿Te acuerdas, Rafael? Federico, ¡te acuerdas! debajo de la tierra/ te acuerdas de mi casa con balcones en donde la luz de junio ahogaba flores en tu boca".

Finalmente, el escritor y presidente del Partido Comunista, Volodia Teitelboim, en una pieza magistral —con la salvedad de alguna alusión de oportunidad discutible— nos hace sentir que él también, a su manera, como Neruda, cree en la eternidad: "Se trata de que tanto he vivido/ que quiero vivir otro tanto". Nunca me sentí tan señor/ nunca he tenido tantos besos". El público es heterogéneo, pero la derecha chilena no está presente. Yo no fui invitado. Me hice invitar. Soy aristotélico en política, mas platónico en poesía. Conviven en mí ambos demonios, sin conflictos mayores. En la duda me llamaron tarde a la ceremonia, pero igual me habría "colado". "Entre morir y no morir, me quedo con la guitarra", dice Neruda. Entre dejarme solo o ubicarme al lado de un profesor de Oxford, investigador de Neruda, venido especialmente desde esa universidad al acto, el protocolo me instala junto al profesor de quien aprendo cosas. Gracias, protocolo.

Es la voz del propio poeta la que clausura el acto.

"Ahora me dejen tranquilo. Ahora se acostumbren sin mí. Yo voy a cerrar los ojos. Y sólo quiero cinco cosas/ cinco rálces preferidas. Una es el amor sin fin/ lo segun-



"Será el canto del Neruda nuestro, redescubriendo una y otra vez el mundo desde las humildes piedrecillas a la majestad del Partenón, develando a esa 'magnolia rota' que es el amor, a la soledad gris o a la sorprendente alegría".

do es ver el otoño. No puedo ser sin que las hojas/ vuelen y vuelvan a la tierra/ lo tercero es el grave invierno/ la Ruiva que amé, la caricia/ del fuego en el frío silvestre/ en cuarto lugar el verano redondo como una sandía. La quinta cosa son tus ojos/ Matilde mía, bien amada...". 12.45. Salgo alegre-triste hacia Compañía. Un grupo de "compañeros" me increpa. "Al pueblo lo dejan afuera! —me gritan—. Neruda es de todos los chilenos". "Me costó entrar/ ¡ay un colado!" les explico. 13.35. Inicio viaje hacia Isla Negra. Un día glorioso, pero algo hay en el aire que me hace presenciar una jornada difícil. Nuestros adjuntos, eternos de fieltro, por todas partes. No es fácil ingresar al recinto. Quedo a

quien cantó, como pocos, la belleza de lo creado y el misterio de este ser dionante, de "verdades sumergidas" y conmovedor peregrino de la luz, que es el hombre. Enseguida, el crepúsculo. El más amado del poeta. "El crepúsculo de su Isla Negra/ La cintura incendiada del sol en agonía/ Greda para los dedos de la noche".

Confieso que conocí poco a Pablo Neruda. Sólo una vez estuve con él, hace muchos años, en París, en medio del otoño, su estación y la mía. "Tú eres un momio raro", me dijo, después del segundo whisky. "Y tú, un comunista más raro aún", le respondí. Y nos miramos como suelen mirarse los cómplices o los hermanos.

¿Fue agrario laborista Homero?

¿En qué partido político militó Virgilio?

¿Fue guelfo o gibelino Dante Alighieri?

La criba del tiempo va limando los azares del drama cotidiano para dejarnos el mejor residuo: el mensaje que permanece.

Es el canto mil veces milenario de los grandes poetas. Será el canto del Neruda nuestro, redescubriendo una y otra vez el mundo desde las humildes piedrecillas a la majestad del Partenón, develando a esa "magnolia rota" que es el amor, a la soledad gris o a la sorprendente alegría. "Allí estaba la piedra antes del viento/ antes del hombre y antes de la aurora/ su primer movimiento fue la primera música del río".

"Partenón: Rector del mundo/ canon de la luz/ así abuelo de la geometría".

"Soledad: La más espesa, la de la noche de fiesta. Es el polvo inútil del mundo/ la rueda que da vueltas sin tierra, ni agua, ni hombre. Vago silencio apoyado por una guitarra tardía".

"Alegría: Heja verde caída en la ventanilla/ minúscula claridad recién nacida/ ése fante sonoro/ deslumbrante moneda: a veces ráfaga quebradiza/ pero más bien pan permanente/ esperanza cumplida, deber desrollado".

Hasta siempre, poeta.

Manuel Montt Balmaceda

Rector

Universidad Diego Portales

"¿Fue agrario laborista Homero? ¿En qué partido político militó Virgilio? ¿Fue guelfo o gibelino Dante Alighieri? La criba del tiempo va limando los azares del drama cotidiano para dejarnos el mejor residuo: el mensaje que permanece".

medio camino, pero desde allí percibo que el eco justo del mar atienda el injusto griterío que por momentos amenaza acallar la voz del Presidente de Chile llamando a la concordia y acompañando al poeta y a ella en su última residencia en la tierra. Preceden a las palabras del Mandatario los acordes solomónicos del Egmont de Beethoven, el héroe libertario de Goethe. No hay oraciones, las sustituye el canto de los pájaros marinos.

Sabemos que el poeta no se encontró en vida con lo trascendente, pero estoy cierto que el Yahvé bíblico le abrió desde el primer instante sus puertas, aunque "para callar" para no incomodar a los teólogos impermeables a la poesía. Justo reconocimiento a

Hasta siempre, poeta [artículo] Manuel Montt Balmaceda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montt Balmaceda, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hasta siempre, poeta [artículo] Manuel Montt Balmaceda. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile